

—=LA=—
DESLUMBRADORA

SILVINA ROCHA

—≡ LA ≡—
DESLUMBRADORA

SILVINA ROCHA

Noche de perros

Salimos con Morales de la redacción. Es viernes, después de un día interminable. Nos largamos a eso de las ocho y enfilamos para la Munich bajo una lluvia de perros. Tomamos el Paseo del Bajo y cuando damos la vuelta, las luces del Chevy la iluminan: una vieja, pasada por agua, sentada a un costado de la fuente.

Nos miramos con Morales, ardemos por unas cervezas, pero no podemos dejarla ahí. Paramos el auto. Nos acercamos y le preguntamos si está bien, si necesita algo. Ella nos mira como si la hubiéramos sacado de golpe del fondo de un sueño y balbucea: «Mis niñas... se están mojando».

Morales me mira sin entender, yo tampoco entiendo. Le hablamos mientras nos empapamos, hasta que me doy cuenta de que del cuello le cuelga una cadena. Me acerco y, pidiéndole permiso, tomo la chapa. Leo «Dolores» y una dirección.

La convencemos de que suba al auto. Le explicamos que la llevaremos de regreso a su casa, en Palermo. Mientras hablo nimiedades con Morales para romper el silencio, la miro por el espejo. ¿Cómo fue a parar esta vieja a Costanera Sur?

A pesar de que le converso, no logro que diga una palabra en todo el viaje.

Tardamos mucho en llegar, bajo la lluvia que no amaina. El timbre no funciona. Golpeo. Aparece una mujer de unos cincuenta años.

—Disculpe. Encontramos a la señora, muy lejos de acá. Figura esta dirección en la cadena que lleva. ¿Esta es su casa?

—Sí. Vive acá, es mi tía. ¡Gracias a Dios! —dice la mujer con alivio—. Muchas gracias por traerla, estábamos muy preocupadas, hasta fuimos a la comisaría.

—¿Usted es...? —pregunto para entender a quién tengo enfrente.

—Sahara, y ella es Hilda —a la puerta se acerca otra mujer—, somos las sobrinas.

—Soy Luis Expósito, periodista del diario *Noticias Gráficas*. La encontramos del otro lado de la ciudad, en la fuente de Lola Mora.

—Sí, la fuente —hace un gesto contrariado.

En ese preciso momento me doy cuenta: Dolores. Lola. La fuente.

—Disculpe —titubeo, pero antes de que pueda hacer la pregunta, me dice:

—Sí, es Lola Mora. Gracias por traerla, mi tía no está muy bien.

La otra sobrina parece dibujada. Me quedo extrañado.

—Lola Mora... —digo—. Espero que se recupere pronto.

—¿Le puedo ofrecer un té? —me pregunta Sahara.

—No se preocupe. Tenemos que volver al trabajo.

—Periodista. Me dijo que es periodista, ¿no?

—Así es.

Sahara se queda en silencio unos instantes sin dejar de mirarme. Me despido y cuando estoy por volver al auto, me toma levemente del brazo.

—Disculpe, señor Expósito —hace una pausa, le cuesta seguir—. Apenas sobrevivimos con una pensión. ¿Usted conoce gente? ¿Puede conseguirmos ayuda?

—Haré lo que pueda—digo, cuando al fin reacciono, cuando al fin entiendo que acabo de traer de vuelta a su casa a Lola Mora.

—¿Podrá publicar algo en el diario? Perdone que insista. Si mi tía se entera de que le estoy pidiendo ayuda...

—Déjeme ver qué puedo hacer.

Me subo al auto. Morales está al volante. Sin consultarme decidió que conducirá él. Estamos mojados y muertos de frío. Me quedo dentro de mis pensamientos. Vamos en silencio, con el Chevy cabalgando al paso del empedrado de Palermo. Al rato, le digo.

—¿Sabés quién era esa vieja?

—La princesa Anastasia.

—Algo así. La vieja que trajimos es Lola Mora.

—¿La escultora? Inventate otra historia, Expósito.

—Ojalá se me hubiera ocurrido. Es Lola Mora, y esas dos son las sobrinas. Lola Mora, en la fuente.

—¿Pero esta mujer no era una cajetilla? ¿No estaba en Europa?

—Increíble, ¿no? Quién lo hubiera imaginado. Ahora, un perro, con chapa y todo.

—Cada tanto uno de esos termina culo pa'riba.

—La sobrina me pidió ayuda.

—Y vos dijiste que sí.

—No dije nada, pero tal vez le arranco unas pocas líneas a Peralta, una pastilla. Tal vez, alguien la lea. Pobre vieja.

Vamos atravesando de vuelta la ciudad en silencio. Lo bueno con Morales es que podemos hacer silencio. La noche de cervezas en la Munich que habíamos planeado, después de una semana interminable con el jefe comiéndonos los talones, termina en el boliche de Roberto, junto a las minas que trabajan ahí, escuchando unos tangos tristes. Morales, lejos de su casa, yo de la mía, pero a diez cuadras de la redacción.

Barro y biyuya

Roberto, el dueño del bar, nos deja quedarnos a dormir esa especie de sopor, pasados de alcohol y cansancio, con los brazos haciendo de almohada sobre la mesa, hasta que se hace la hora de entrada a *Noticias Gráficas* pero, a pesar de la cercanía, llegamos tarde, siempre.

Sueño con Lola. La vieja monta un caballo blanco, como los de la fuente. Se apea y extiende la mano para darme algo que no logro ver qué es, pero ahora la vieja no es Lola Mora, ahora tiene la cara de otra, pero yo sé que es ella. Me despierto con el pedazo de hierro en la boca que te deja la resaca.

Alguna vez escribí alguna nota sobre Lola Mora, como tantas que hice de lo que me tocara. Nunca me convenció como personaje. La biyuya del conservadurismo más rancio, esa que vino a adornar a Roca, la generación que se creyó superior, los adalides del progreso que solo se reconocen mirándose en el espejo de Europa. Los dueños de la Argentina. Pero la cara de Sahara, la sobrina, se me viene a la cabeza. Al menos puedo hacer el intento de publicar una pastilla. ¿O la vieja no se merece unas líneas que le recuerden a la sociedad que está viva?

Encaramos para la redacción. Peralta, el jefe, me ve entrar y me mira con cara de perro, pero no tiene ganas de gritarme, hoy no. Espero a la tarde, le entrego el trabajo a tiempo y como lo noto de mejor humor, le cuento del increíble encuentro con Lola Mora.

Peralta me deja hablar, después hace una gran pausa, como siempre.

—Hubiera jurado que habíamos escrito su obituario —dice.

—Deme una pastilla, Peralta.

Peralta no me contesta, pero lo conozco y, si no niega, significa que sí, que autoriza.

Juré que nunca iba a volver a pisar *La Nación*, la tierra de los Mitre. Juré en vano porque el archivo lo tienen ellos. Después de diez años, vuelvo a mi antiguo trabajo. Intento encontrar la nota que escribí sobre ella, pero el archivo me enferma. Lola se pierde en la prensa. ¿En qué momento pasó al olvido? Cuando cae Roca y su runfla, me digo.

«La artista que a fuerza de talento y empeño llegó a la cumbre con sus esculturas», leo en algún artículo.

¿Cuántos años tenía Lola cuando inauguró la *Fuente de las Nereidas*, su obra emblemática? Miro fechas.

Paso al archivo fotográfico. No hay mucho: las pocas fotos de ella en Italia, esculpiendo o paseando en Roma, con la princesa Margarita, en su estudio, junto a Roca y sus hijas. Miro las fotos de adolescente, esa belleza extraña de mirada intensa, altiva. La miro en el almuerzo del Jockey Club. Miro el sombrero enorme y espantoso que lleva puesto en el Club del Progreso. Ella, la única mujer invitada, y pienso qué tanto

mejor se ve de gaucha, con sus bombachas de trabajo y el cabello ensortijado.

Hay otra foto en la que se la ve trabajando en un busto, es en Roma, junto a un modelo. «Jacinto Valor», reza el pie de foto. Único modelo que tiene nombre y apellido para la prensa, pienso.

La miro dentro de esa vida glamorosa, enfundada en puntillas y volados cubierta hasta el cuello, con sus sombrillas o sombreros. ¿Y ahora? De las luces del centro al barro, al revés que en el tango. ¿Por qué? ¿De qué forma llegó a esa casa maltrecha de Palermo? ¿Qué fue de sus amigos influyentes?

Esa es la última nota que tomo en mi libreta entrada la noche.